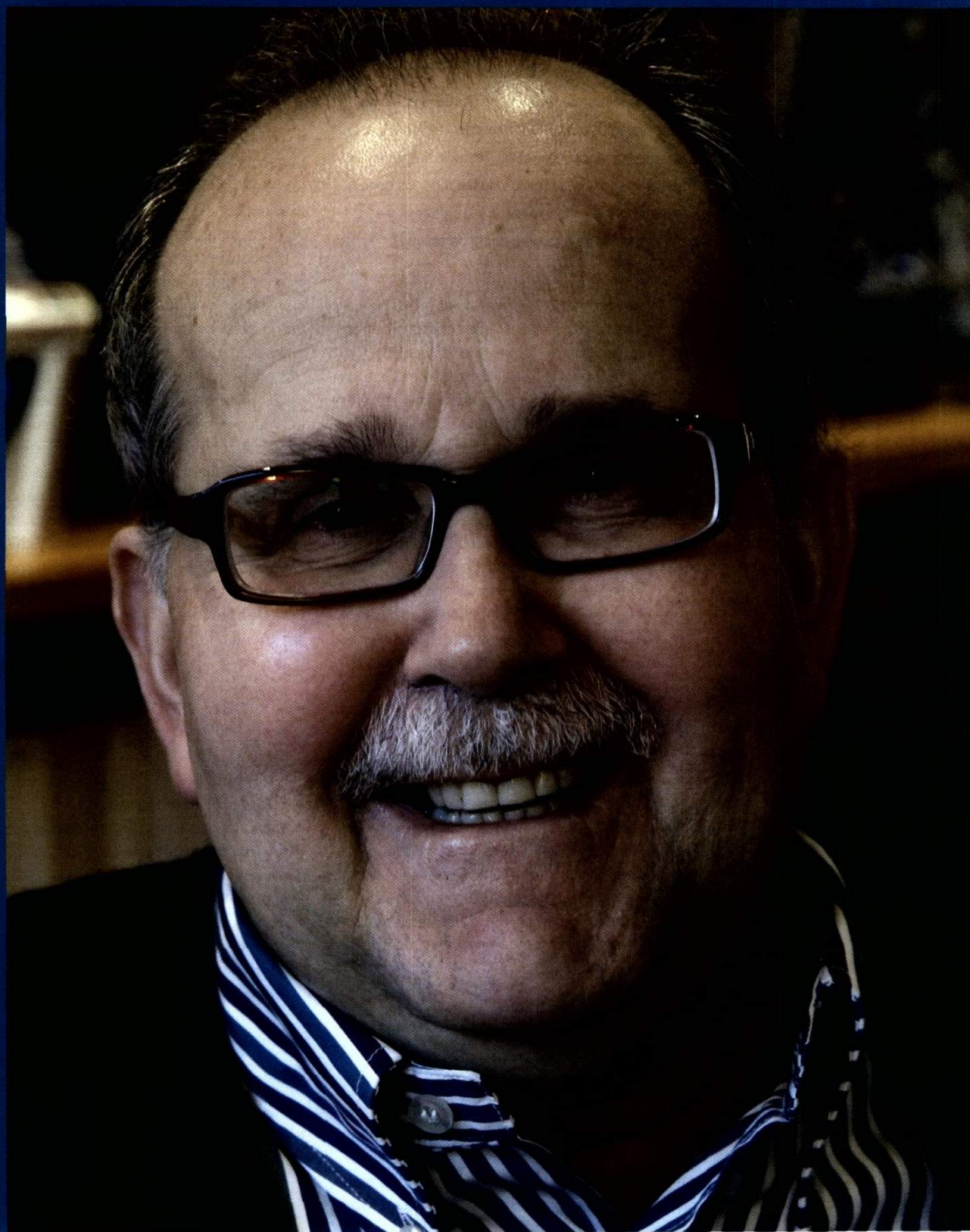


Agustín Fernández Paz



Fernando Bellas

“La lectura debe emocionar”

Durante tres décadas, este escritor compagina su faceta de profesor con la actividad literaria. En la enseñanza, asume como principios la promoción de la lengua gallega y la innovación educativa. Este compromiso le lleva a participar en la creación del movimiento de renovación pedagógica Nova Escola Galega. Su pasión por la lectura y una manera de ser cordial y afectuosa constituyen su marca pedagógica. Desde hace cuatro años vive una jubilación tranquila, dedicada totalmente a la escritura, actividad que le proporciona innumerables premios y reconocimientos.

Gena Borrajo
Pedagoga

A estas alturas de la vida, ¿se considera un maestro que escribe o un escritor que daba clase?

[Piensa su respuesta.] Las cosas no son absolutamente blancas o negras. En el conjunto de mi biografía, el oficio de enseñar abarca buena parte de mi existencia, porque la mayor parte de mi vida la he entregado a algo que me apasiona: dar clase. Claro que en los últimos años la escritura ha ganado terreno y ahora es como una bola de nieve que baja por la montaña. En este sentido puedo considerarme un escritor que trabajaba en el aula. Pero, insisto, en el conjunto de mi biografía soy claramente un docente.

¿Cómo vive este momento de premios y reconocimientos?

Mi sensación es que me he hecho mayor.

“Los premios son importantes en la medida en que crean lectores”

Pero no todo el mundo que escribe recibe este reconocimiento al hacerse mayor...

Bueno, digamos que soy una persona afortunada. Yo, que he sido miembro de jurados, sé muy bien cómo funciona esto. En la fase final, cinco, seis o siete miembros tienen que decidir entre dos o tres libros, y el factor azar juega mucho. Sale una obra, pero podría haber sido otra. En mi caso, la suerte casi siempre cayó de mi lado y por eso estoy agradecido. Aun así, a partir del 2005, año en el que gané el Edebé Infantil con *La escuela de los piratas*, dejé de presentarme a estos certámenes. Los premios posteriores han sido todos a obras publicadas. Siempre hay algún organismo que decide presentarte.

Personalmente, ¿qué le aportan los premios?

Para mí son importantes en la medida en que crean lectores. Esa es la mayor recompensa. Escribir es un trabajo solitario, y que alguien te lea es la mayor satisfacción a la que se puede aspirar. A mí me gratifican mucho los comentarios que me hace la gente por la calle, las llamadas de teléfono que recibo y, por supuesto, la carta de un niño que llega de vez en cuando.

Hace unos años usted dijo: “Aún no he sido capaz de escribir un libro de esos que ayudan a cambiar la vida de quien lo lee”. ¿Lo ha conseguido ya?

¡Nooo...! ¡Qué va! Si lo hubiese conseguido carecería del impulso necesario para seguir escribiendo. Cuando trabajamos en una obra, lo hacemos pensando en que va a ser la definitiva, pero poco a poco descubrimos que no llegamos a esas expectativas. Es el juego entre la realidad y el deseo, que diría Cernuda. Lo que sí reconozco es que estoy más satisfecho de mis últimas publicaciones. Una de ellas, *Fantasmas de luz*, acaba de salir.

Y su vida, ¿cambió con un libro?

Sí. Hay libros y películas que me cambiaron.

¿Cuáles?

Citaré dos: *Carta a una maestra*, en el que ocho alumnos de la escuela de Barbiana, dirigidos por el párroco, Lorenzo Milani, hacen una denuncia contra un sistema de enseñanza que arroja un alto nivel de fracaso escolar. Lo leí en 1973 y me hizo poner los pies sobre la tierra: ver la realidad que estábamos viviendo, con una escuela que, en lugar de compensar, reforzaba las desigualdades. Fue un gran impacto, no sólo para mí, sino para muchos compañeros de Magisterio. Aquello prendió rápidamente en un grupo de jóvenes deseosos de cambiar el mundo.

¿Y el otro?

Gramática de la fantasía, de Rodari. En él descubrí cuánto podía hacer con los

alumnos, pero también me abrió el camino que quería seguir. Para mí, Rodari reunía el perfil ideal: era escritor, militante de izquierdas y, al mismo tiempo, no tenía los tics negativos que se asociaban al marxismo. Un hombre que creía en la imaginación como fuerza revolucionaria y escribía relatos que llegaban a los niños y también a los mayores.

¿Alguna obra literaria?

La peste, del escritor francés Albert Camus. Lo descubrí en la Universidad Laboral. Allí teníamos buenas bibliotecas y nos juntábamos un grupo de compañeros a leer y a comentar libros de Nietzsche, de Kafka, etc.

¿Y películas?

Pasión, de Bergman. ¡Dios! ¡Qué película! El cine, cuando es bueno, consigue atraparte tanto o más que una novela. Eso también me pasó con *Ordet*, del danés C.T. Dreyer. La vi en la Universidad Laboral y me dejó una huella muy profunda.

Habla de la Universidad Laboral. ¿Qué le llevó hasta allí?

Una beca. Con 13 años me fui a Gijón para hacer Oficialía Industrial y Peritaje. Allí tuve la suerte de integrarme en un grupo de personas con grandes intereses culturales. Compartíamos una misma pasión por la lectura, que la carrera, enfocada a preparar mandos técnicos, no satisfacía. Eso hizo que entre nosotros surgieran seminarios espontáneos. Leíamos, hacíamos tertulias y así saciábamos nuestras inquietudes filosóficas y literarias. Por otro lado, en los dos últimos años, hago las milicias y establezco amistad con Santiago Lois, hoy psiquiatra en Compostela. Él iba a su casa cada fin de semana y me traía libros, pues su padre tenía una magnífica biblioteca. Por entonces leía a Sartre, a Russell y a Kafka. Un día Lois me dijo: “Con lo que te gusta leer, ¿te vas a pasar la vida entre tornillos?”.

Y decidió hacer Magisterio...

Sí. Primero Magisterio y después Ciencias de la Educación.

Carta de una lectora

Hola, mi nombre es Aida y vivo en un pequeño pueblo coruñés llamado Noia. Hace unos minutos que acabé de leer el libro *O centro do laberinto* y necesito escribir estas líneas porque tengo que hablar con alguien (¿y con quién mejor que con el autor?).

(...)

Quiero decirte que mientras lo leía, mi cuerpo sudaba, pero mis manos estaban totalmente congeladas. Porque para mí tus libros son peores que una droga (perdón por la comparación), porque, a pesar de mis intentos por dejar descansar la vista un rato, mi cerebro seguía cavilando sobre lo que iba a pasar, y me ponía mucho más nerviosa, con lo que acababa por coger el libro y devorarlo.

(...)

No sé muy bien cómo eres capaz de retratar tan bien los problemas de la adolescencia en algunos de tus libros. Pienso que será porque tú también la has vivido; pero, que yo sepa, todos los adultos la vivieron y sólo el 5% de ellos saben describirla.

Bueno, nada más, excepto una pequeña cosa que espero no tomes a mal: el único error que cometiste en este libro es que no paras de hablar de las ZNC, y al final es cuando te enteras que significa 'zona no controlada'. Deberías haberlo dicho al principio, ya que ese pequeño detalle puede dar paso a múltiples confusiones. Bien, hasta pronto. Espero poder ponerme más veces en contacto contigo para hablar de un nuevo libro. ¡Espero que nos sorprenda!

Un saludo

Aida

Fernández Paz, Agustín (2002): *El centro del laberinto*. Alzira (Valencia): Algar Editorial.

¿Por qué Magisterio?

Hubo dos razones. Una, que mi hermana era maestra y me abrió el camino. Y otra, que enseñar se me daba bien. Durante mis estudios de Peritaje daba clase a los compañeros que tenían dificultades con la Física o las Matemáticas, a los que, por supuesto, no cobraba. También durante los veranos atendía a alumnos del Bachillerato. Pronto descubrí que aquello era lo mío, que la gente aprobaba, y acabé entusiasmándome.

¿Y la lectura? ¿Qué o quién hizo que se convirtiera en un ávido lector?

Mi padre. Era un insaciable lector, hasta el punto de que mi madre lo recriminaba por llevarse el periódico a la mesa a la hora de comer. También leían mucho mis tíos, lo cual era increíble, pues en los años cincuenta no era lo normal, sobre todo teniendo en cuenta que sólo tenían los estudios primarios...



Luego, considera fundamental el papel de la familia...

Totalmente. Pero aquí quiero hacer una matización: el que sea importante crecer en una familia lectora no significa que en los hogares en los que no se lea, o se lea poco, no se pueda lograr que los pequeños adquieran este hábito. Yo he podido constatar que la clave está en que los padres valoren la lectura y tengan interés en que sus hijos lean.

Se dice que los chicos de hoy leen poco. ¿Comparte esta idea?

¡Para nada! Esa reflexión parte de gente de mi edad, que quizá ha idealizado el pasado. En los años cincuenta y sesenta, muy pocos alumnos iban al Bachillerato, en las escuelas no había bibliotecas ni en la mayoría de las casas, libros. El panorama es bien distinto ahora. A partir de los años ochenta y noventa, estos recursos entran de lleno en los centros educativos. En la actualidad, los chicos tienen una formación lectora de la que yo carecía a su edad. Muy en contra de estas opiniones yo me digo: ¡cuánto leen! Y en contextos que, a veces, no son fáciles.

¿Qué hacía usted para enganchar a sus alumnos?

Yo a principio de curso hacía una buena selección de libros, de esos que seducen a los adolescentes. Cada día llevaba varios a clase, elegía uno y leía en voz alta un párrafo o un capítulo que había seleccionado previamente. En mi memoria guardo momentos que me proporcionaron una emoción especial, como la explosión de aplausos y gritos cuando Charlie descubre el billete dorado en el envoltorio de la chocolatina. Aquella semana de 1984 leíamos, en cuarto de EGB, a capítulo por tarde, *Charlie y la fábrica de chocolate*, de Roald Dahl. Y también es inolvidable el día en que les leí a mis alumnos de Bachillerato *A lingua das bolboretas* (*La lengua de las mariposas*).

¿Qué pasó?

Empecé la lectura. Los murmullos continuaron un tiempo en el aula. Pero, a medida que avanzaba el relato, nos introducíamos en el drama humano que significó la guerra civil en Galicia, y lo

hacíamos a través de los ojos del niño protagonista. Fue entonces cuando los murmullos desaparecieron y todas las miradas se cargaron de atención. La emoción del cuento se había extendido por el aula. Cuando acabé, la clase estaba paralizada y silenciosa. Entonces no era yo el único que tenía un nudo en la garganta.

Luego, también es necesario ponerle emoción.

Efectivamente. La lectura debe emocionar, y si el profesor no pone entusiasmo, todo está perdido.

¿Los actuales recursos digitales son un obstáculo o una oportunidad?

Sin duda, una oportunidad, un recurso inmenso. Hoy no hay libro que no tenga comentarios en Internet, a los que todo el mundo puede acceder. Además, existen blogs muy interesantes, incluso, al-

“Los actuales recursos digitales son un recurso inmenso”

gunos hechos y gestionados por chicos, como El Tiramilla, que dirige un grupo de adolescentes. Todo esto ofrece unas posibilidades fantásticas.

¿Cómo cuáles?

Imagine que quiero trabajar con el libro *El guardián entre el centeno*. Bien, además de leer un fragmento de interés, puedo decirlas a los alumnos que miren unos enlaces, que busquen las críticas, que averigüen si existe alguna

Así aprendió a soñar

“Una casa en un pequeño pueblo gallego. Un hombre sentado a la mesa de la cocina apoya un libro sobre el hule gastado. Mientras pasa las páginas, le habla a su hijo de las maravillas que encierra. ‘Pronto podrás leerlo –le dice–, y entonces verás cómo es cierto todo lo que te he contado.’ El pequeño, contagiado por el entusiasmo que desprenden los ojos y las palabras de su padre, desea que pasen veloces los días para entrar en *La isla misteriosa*, de Jules Verne, pues ese es el libro, uno de los que forman la biblioteca paterna, si es que se le puede llamar así a los dos estantes que guardan unos pocos volúmenes, un tesoro para aquellos tiempos: Verne, Poe, Salgari, Dumas, Mark Twain, Pushkin, Fernández Flórez... Todas ediciones viejas y gastadas. Libros que, en un proceso de seducción, guiado solo por la intuición y el entusiasmo, sirvieron para que aquel niño quedase contagiado para siempre por el deseo de leer.”

El pequeño es Agustín Fernández Paz y así relata el ambiente en el que pasa su infancia. Todo ocurre en Vilalba (Lugo), donde, después de cada jornada en la carpintería familiar, su padre le abría las puertas hacia un apasionante viaje por la literatura, que sería para siempre su mundo.

Hoy, aquel niño es un reconocido escritor, y con estos recuerdos nos recibe en su casa de Vigo, una especie de refugio atestado de libros, en el que nada ni nadie distraen su trabajo creador. Mente lúcida y corazón grande, en el que también habita su amor por la docencia. La jubilación no le ha alejado de la escuela, por eso cuando considera que está siendo atacada, su carácter tranquilo y afable no evita que su energía se dispare.

película basada en la obra, etc. Es decir, estos medios nos ofrecen un material muy interesante para los chicos y para el profesor.

¿También ayudan con la escritura?

Naturalmente, aunque para ello es necesario tener muy claro lo que queremos conseguir con el uso de las TIC. Porque el hecho de llenar de ordenadores las aulas no significa que se vaya a provocar un cambio significativo. Me explico. Pensemos en Freinet y las técnicas de escritura que puso en marcha: la correspondencia escolar hoy sería el correo electrónico. La imprenta de gelatina, que yo utilizaba con los alumnos en los años setenta y ochenta, ahora la sustituimos por un blog o por una revista digital. Es evidente que con estos medios todo resulta más fácil, pero esta no es la cuestión. Lo realmente importante es la orientación que le queremos dar a nuestro trabajo. Ojalá no ocurra lo mismo que con otras tecnologías, que propiciaban un modelo de profesor alejado de las tarimas y, al final, el cambio se quedó a medio camino.

“Las bibliotecas escolares están llamadas a provocar una revolución en los centros y en las aulas”

Las bibliotecas escolares han venido desarrollando un interesante papel dentro de los centros. ¿Queda algo por hacer?

En Galicia hay bibliotecas que trabajan en la buena dirección, pero no todas funcionan igual. La biblioteca debe ser el corazón de la escuela y, a veces, hasta la propia arquitectura del centro impide que sea así. Yo recuerdo una en Biarritz que funcionaba a un tiempo como centro de recursos. Además, tenía una persona dedicada, en exclusiva, a su gestión, y cuidaba mucho que el trabajo estuviera en línea con lo que se

hacía en clase. Aquí la gente hace lo que puede, y algunos lo hacen muy bien. Pero yo creo que las bibliotecas están llamadas a provocar una revolución en los centros y en las aulas. Sugiero visitar estos dos enlaces para entender lo que digo: <http://planetaki.com/bibliotecasescolaresgalegas> <http://www.planetaki.com/bibliotecas>

Se jubiló hace cuatro años. ¿Qué sensación le produjo?

Por mi mente pasó lo que había sido mi vida como profesor, el entusiasmo de la juventud de mi tiempo empeñada en cambiar el mundo desde las aulas. Fue entonces cuando surgieron los movimientos de renovación pedagógica. Cuando miro hacia atrás no puedo por menos que sentirme gratificado por los importantes cambios que ha experimentado la escuela. Pero también creo que en el momento tan delicado que vivimos es preciso estar vigilantes, porque pueden producirse retrocesos. Construir es un trabajo lento que precisa del esfuerzo de mucha gente, pero destruir es muy sencillo. Hoy, el profesorado se ve muy asfixiado por un empeoramiento en sus condiciones de trabajo y por una sobrecarga de burocracia, que le resta dedicación a lo que verdaderamente importa: educar a los alumnos y alumnas como personas y como ciudadanos.

Se ha referido a los movimientos de renovación pedagógica. En sus inicios, como maestro, usted participó en la creación de Nova Escola Galega...

En Nova Escola Galega y también en el Colectivo Avantar. Los deseos de asociarnos y compartir impulsaron el movimiento cooperativo. Esto coincide en el tiempo con el primer número de *Cuadernos de Pedagogía*, lo que también marcó un hito, porque descubrimos que fuera de Galicia había gente que tenía nuestras mismas ideas. Es decir, que estábamos en sintonía profesores y profesoras de diferentes lugares de España.

Uno de los ejes de Nova Escola Galega es la puesta en valor del idioma. ¿Ganar premios por libros escritos en gallego no es doble satisfacción?

Sin duda, aunque pienso que ganar un

premio por una obra en gallego no debería significar nada especial. Pero las cosas son como son; vivimos en un país que carece de una política cultural que promueva el idioma y el trabajo de sus creadores. Yo creo que nuestra lengua es tan válida como el polaco, el inglés o el japonés, y que con ella se llega a cualquier lugar. Nuestras obras podrían leerse en Irlanda, Islandia, Nueva Zelanda... En ese sentido, considero los premios como un triunfo y me siento muy honrado de que mis libros se reconozcan y se traduzcan.

Ha dicho que en el momento actual la escuela puede sufrir un retroceso. ¿Se atreve a hacer un pronóstico sobre su futuro?

La escuela puede sufrir vaivenes, dependiendo de las circunstancias de cada momento. Los tiempos que vivimos no son buenos, pero afortunadamente su futuro no depende sólo de la política que se aplique, sino que también cuentan, y mucho, la comunidad educativa y la sociedad en general. Si analizamos su recorrido a lo largo de la historia, observamos una importante trayectoria de mejoras, lo que me lleva a pensar que en educación no cabe la desesperanza.

Algunas de sus obras

Contos por palabras (*Cuentos por palabras*) (1991). Vigo, Edicións Xerais. Premio Lazarillo, 1990.

Cartas de inverno (*Cartas de invierno*) (1995). Vigo, Edicións Xerais. Premio Rañolas, 1995.

A escola dos piratas (*La escuela de los piratas*) (2005). A Coruña, Rodeira-Grupo Edebé. Premio Edebé, 2005.

O único que queda é o amor (*Lo único que queda es el amor*) (2007). Vigo, Edicións Xerais. Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, 2008.

Lúa do Senegal (*Luna de Senegal*) (2009). Vigo, Edicións Xerais. Premio Asociación de Escritores en Lingua Galega, 2010.

Non hai noite tan longa (2011). Vigo, Edicións Xerais. Premio Ánxel Casal a la mejor obra de ficción del 2011.

Fantasmas de luz (*Fantasmas de luz*) (2011). Vigo, Edicións Xerais.